

LAS MENINAS

Bocetos

—¡Agustina!, ¡La puerta! —¡Voy, señora! — Esta chica, hasta que no suena dos veces... Y va a ser el de las fotos, ya verás.

—¡Mamá! —¿Qué, princesa? —¡Ay, que no me llames princesa! —Si te gusta. —Me gusta, pero delante de mis amigas no. —No veo a tus amigas por ningún lado. —Va a venir Anabel —Bueno, princesa, cuando venga no te lo digo —Luego se te escapa.

—¿Quién es, Agustina? —Creo que el chico de las fotos, señora. —¿Cómo que creo? ¿Trae las cámaras o no? —Trae como unos bultos y maletines. Pero viene bien vestido. —¿Y qué si viene bien vestido? ¡Aquí no van a enviar a un pordiosero! De verdad que sales con unas cosas... — No te metas con ella, mamá. —¡Pero quién se mete con quién! —¿Lo hago pasar? —Claro, hasta el porche sólo. —Hay que dar tiempo al señor, que todavía no se ha levantado. ¿Vas tú a avisarle, prin... cariño? —Sí. —¿Y tu hermano? —En la cama, supongo. —¡Si son las doce del mediodía! —Pues igual que papá. —Aquí sólo se levantan las mujeres. Llama a los

dos, anda. —Jo! Tengo yo que ir a despertar a todo el mundo. — Bueno, clíselo a Agustina; pero donde papá vete, ¡es tardísimo!

—¡Papá! ¡Papá!, ¿puedo pasar? Está frito. ¡Papi! Tienes todo a oscuras. Te subo las persianas. ¡Uf! Huele a muerto. ¡Papá! ¡Papá! —¿Qué pasa? —Dice mamá que te levantes, que es tarde. — Déjame. —Que no, que ha venido el fotógrafo. —¿Qué fotógrafo? —Y yo qué sé qué fotógrafo. Dice que te levantes ahora mismo. — Pues no me levanto. —¿Te encuentras mal? —Me duele mucho la cabeza... Baja la persiana, haz el favor. —Es que mamá dice que te prepares. — Dile que no, y baja la persiana.

—Bájatela tú, ¡me estáis haciendo un lío!... ¡Y son las doce!

—Las doce, cielo santo, y José sin llamar. ¿Se habrá marchado?... ¿Lo llamo?, ¿no lo llamo...?

—¿Se levanta Nicolás? —No sé, me has dicho que no fuera. —¿Y tu padre? —No quiere. —¿Cómo que no?

—Le he abierto la ventana, pero sigue acostado. —Si te he pedido que lo levantarás... Cariño, ¿qué te pasa?, ¿estás llorando? —¡ Sí! ¡ Porque tú me dices que lo llame, él no me hace caso, encima me ha gritado, parece que yo tengo la culpa de todo! — Pero no... — Señora, era el fotógrafo, lo he dejado en el porche...

—¡Agustina, por favor, un poco de sentido de la oportunidad! ¿No ves que estoy hablando con mi hija? — Discúlpeme, señora. — Mira, princesa, cariño, es que tengo que avisar a tu padre, estas fotos son importantísimas. ¿Hablamos luego? Agustina, vete con Margarita a su habitación y ayúdala a elegir un vestido para salir, ¿no viene Anabel a buscarte ahora? — Sí. — Muy bien, así vas a estar más tranquila, ¿vale, cariño? Sin llorar, que no ha sido nada, tu padre que es un burro a veces, ya le hablo yo. ¡Ah!, Agustina, y despierta a Nico, ese niño no sé lo que está haciendo.

—¡Pero bueno, Juan Felipe! ¿Se puede saber qué te pasa? Son las doce, el fotógrafo espera abajo; has hecho llorar a la niña con otra de tus groserías, y mira que te pido que la trates bien que está en una edad delicada. ¿Tengo yo que ocuparme de todo? Además a la una viene Yórik para mi gimnasia, y me haces perder el tiempo. ¿Es que no me oyes?... ¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

—Tengo una jaqueca espantosa. —¿A qué hora llegaste?

—Tarde. —Y tan tarde, que no te sentí acostarte. ¿A qué hora, a las cinco, a las seis? —Por ahí. — Tienes cincuenta y siete años pero te portas como un crío. Si sabías que hoy tenías la sesión de fotos para el dominical, ¿cómo vas a salir? Mira qué aspecto. —

Estoy enfermo. No estás enfermo, ¿cuántas copas te tomaste? — Las propias.

—No me vengas con acertijos, ahora. Si tienes resaca me da igual. Levántate que el de las fotos no tiene toda la mañana, y yo tengo mi compromiso. Y, desde luego, hay que cortar tanta salida. No digas nada, me dan lo mismo negocios o negocias, ¿es que ganas algo las noches que pasas fuera? Mira, las sufrimos nosotros, tu familia, sobre todo tu hija, que te pones bruto y lo pagas con ella que no tiene culpa de nada.

—José sin llamar. ¿Estará furioso? Pensaré que soy un cobarde y siempre lo he sido. Puedo reconocerle que me falta valor, pero tengo mucho que

perder, para él es más fácil. Debemos encontrar alguna solución. ¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer ahora?

—Agustina, ¿y la niña? — En su habitación. —¿Ha llamado al señorito Nicolás? — No, señora. —¿Y a qué espera? — Es que la niña me ha pedido papel de regalo para el cumpleaños de una amiga. — Vaya, y luego despiértelo. Sólo me falta que este hijo coja las costumbres de su padre.

—Anabel, ¿vienes ya?... ¡Cómo quisiera que estuvieras aquí!... Mi padre otra vez, sí... No nos entendemos, tenemos incompatibilidad de caracteres. Se cree que soy una mocosa y puede comportarse conmigo como le dé la gana... Nuestros padres no nos comprenden a partir de cierta edad... Sólo me puedes consolar tú, Anabel, creo que si no vienes ahora me muero. Sí, y no me va a apetecer nada ir a la fiesta. Te lo juro.

—¡Señorito!, ¿está despierto? ¡Señorito Nicolás! — Lárgate, Agustina!, ¿qué haces en mi dormitorio?

—¡Juan Felipe, ya está bien! Son casi las doce y media. ¡Arriba ahora mismo! ¡Arriba he dicho! — Deja en paz la manta. —¡Que te levantes! Mira no me hagas una escena, ¿eh? —¡Que no, joder! — Pero ¿por qué usas esas palabras conmigo? ¡Arriba!

—¡Que me dejes! —¡Qué no!

—¡Que-me-de-jes, coño! — Eres un irracional. Tú no tienes jaqueca, ¿por qué no te levantas? — Porque no quiero.

—¿Qué te ocurre? — Nada. —¡Agustina! ¿Se puede entender qué haces ahí parada? ¿No ves que estamos hablando? — Es que... —¡Ocupate de alguna cosa, por Dios!

—Sí, señora. —Juan Felipe, Filito, ¿qué pasa? — Nada. Y no te pongas zalamera que va a dar igual. — Por lo visto hoy has decidido hacer daño a todo el mundo. Ya veo que no te importa nada lo que te diga. — Eso es. — Muy bien, como prefieras. El de las fotos está abajo, le digo que no quieres el reportaje y luego tú verás a quién le das cuentas. —Yo no tengo que rendir cuentas a nadie, déjame en paz. — Te trato bien y tú me vienes con desprecios... ¿Qué tomaste ayer? Alguna sustancia ¿no? —¡Una sustancia! — No te rías, te crees que soy boba. Lo tuyo no es jaqueca de alcohol, a ti te están dando algo. ¿No me lo quieres contar?, tú sabrás, pero que sepas que estás destruyendo lo más sagrado. Y no sigo.

—Esta mujer, cielo santo, ni siquiera se expresa como es debido. ¿Cómo he caído yo en esto? Si pudiera, me quedaría en la cama para siempre. Ya tienen dinero de sobra todos para vivir cien años sin dar un palo al agua, conque he cumplido mi parte, ahora que respeten mi intimidad. Quiero estar solo, sin nadie. Bueno, sin nadie...

—Está imposible. Primero su hija, luego yo. No tiene freno, quiere saltar por la borda y arrastrarnos a todos. Será por la cocaína o como se llame, lo está volviendo un caprichoso y un

inconsciente. Y él cree que me tiene segura a su lado, pero conmigo se equivoca, como me llamo Mariana Marcela que se va a enterar, yo le pongo las peras al cuarto a este hombre, y si rompe, allá él, yo no me voy a hundir por eso. ¡Agustina! ¿Otra vez paseando? — No señora. —¿Ha llamado ya a Nicolás?

—Sí, señora. —¿Y qué está haciendo el niño? — Ahí nomás. —¿Se levanta? — Me pareció oír la ducha. — Pero ¿entraste en su habitación? — Me asomé sólo, señora, el señorito me lo tiene prohibido. —¿Y? — Estaba acostado, pero ya se levantaba. — Hija, no te entiendo de verdad, estaba en la cama o levantándose o en la ducha. En tu país no sé si no os enseñan a hablar claro, andáis siempre disimulando, falseando. — Señora. — Vale, vale, que luego decís que si tal. Déjalo, que yo me ocupo. — Señora, perdone, el señorito Nicolás ya se levanta y baja. — Mira, déjalo estar.

—La puerta otra vez. Vete a abrir, así sales de mi vista un rato. ¡Pero cómo llaman! ¿Quién es, Agustina?

—Señora, ¡el fotógrafo! —Ay, Dios, ¿se ha vuelto loco?

—¡No! Llamó y ahora se trepó aun árbol. —Pero ¿cómo que se ha subido a un árbol? — El perro lo anda persiguiendo. — Dios

mío, qué inútil es esta mujer. ¿Y la correa? — Por las noches nunca lo atamos. —¿Qué pasa, mamá? — Princesa, que Rex está molestando al chico de las fotos. —¿Rexy?, pobrecito. — Pobrecito el fotógrafo, señorita, mírelo en esa rama. — Cariño, sujeta a Rex y dile que entre.

—José, José, coge el teléfono, por favor, coge el teléfono. — Buzón de voz, deje su mensaje... —José, yo... yo... Perdóname.

—Entre, por Dios, cómo se ha puesto. No tiene nada, un poquito de barro. — Me ha atacado su perro, señora, y me han tenido ustedes media hora ahí fuera. — Eres un poco joven ¿no? — Y eso a qué viene, señora, no me fastidie. Su perrazo me ha dado un buen susto. — Sólo quería jugar— Remy es muy cariñoso. — Me ha tirado el maletín, a ver si funciona la cámara. — Agustina, si haces pasar al chico, tienes que presentarle a Rex para que no lo confunda con un intruso. — Sí, señora. —¿Verdad que sólo querías jugar? Mira, te presento: soy Remy, ¿cómo te llamas tú? — Si la cámara se ha roto, yo no me hago responsable... —¿Cómo se llama usted, joven, no ve que mi hija le está hablando? — Señora, le está hablando al peno. — Les está hablando a los dos, para que la próxima vez no se asuste.

—Su perro me ha atacado — Pero ¿le ha mordido? — ¡ Sólo faltaba eso!

—Mira, Rexy, este chico trabaja en Fotografías Velázquez, ¿ves cómo lo pone ahí? ¿Cómo se llama, señor fotógrafo? —Javier.

—Yo, Rexy. Dale la mano, vamos, ¿ves cómo te saluda?

—Désela, hombre, y no tendrá más problemas con él. Ofrécele algo, Agustina, que se le pase el susto. ¿Tú qué tomas, hija? — No sé.

—¡Caramba, mi hijo! ¡Por fin! —¿Qué pasa, Rex, campeón? — Hija, tendrías que sacarlo, que ya somos muchos en esta casa. Y falta Yórik. — Déjalo, anima verlo correteando. Hola, soy Nicolás, — Javier. — Has venido por las fotos de mi padre para El Independiente, ¿verdad?

—Sí. —¿Son para el diario o para el suplemento? — Creo que para el suplemento del domingo. —¿Y lo sacas sólo a él o a todos? —A él. — Podías sacarnos a nosotros, que el público sepa dónde vive, y con quién. — Yo hago lo que me piden. — Entonces tú no eres con quien habló mi marido. — No, señora. — Mamá, Javier es un empleado, ¿no lo ves? — Ya.

—¡Agustina!, no he desayunado: prepara algo, y me lo subes a la habitación. —¡Mamá!, ¿va a desayunar en su habitación? ¡Qué morro! — Nicolás, no me parece lo más oportuno, va a dar la una. — Quiero estudiar otro rato. Ponme también algo de picar, no sólo tostadas. Y abundante. —¿Abundante, señorito? — Tú, por favor, vete preparando el equipo que enseguida baja mi marido. —¿Dónde le vas a tomar las fotos? — En la entrada de la casa, abajo en la escalera, en su despacho...

—Otra vez la puerta. —¡Calla, Rexy! Es Anabel. —¡No me digas que viene ahora Isabel! —¿Qué pasa? Traigo a mis amigas cuando quiero. Y no la llames Isabel, ¡te lo he dicho mil veces! — Margarita, no contestes así a tu hermano. — Es lo más servil que he visto en mi vida.

—¿Por qué le llamas eso? Mamá, ¿por qué se lo llama?, ¿qué significa servil? — Búscalos en el diccionario, niñata.

—¡Mamá! —¿Cómo le hablas a tu hermana?, eres más crío que ella... Pero abra ya, Agustina, que me pone de los nervios.

—Juan Felipe, es la tercera vez que subo; dime qué ocurre. Antes te has portado fatal conmigo. ¿Por qué te gusta tanto discutir?... No hables, no; encima hazte el ofendido. Nos quitas

tiempo a todos. Está a punto de llegar Yórik para mi sesión de aerobio. — Ese bufón tuyo. — Juan Felipe, el médico me ha dicho que es buena la gimnasia para la espalda, lo hago por los dos y cada vez que viene sales con lo mismo. — Es atractivo Yórik, ¿no? Un entrenador inglés, alto, fuerte, distinguido. — Ya te expliqué que me lo mandó la empresa. — ¡Ah, sí! Aerobic y mantenimiento para señoras a domicilio. Así tienes tus ejercicios, tu ratito de masaje... Muy bien. — Lo necesito, ¿sabes? No lo hago por gusto. — ¡Sufres tanto con él! — ¡Felipe! — Perdona. Si es estupendo que tengas tu expansión, todos tenemos derecho a un consuelo. — ¿Por qué dices eso? — Con la rutina y la carrera de vida que llevamos. — Algo así te convenía a ti y a lo mejor te cambiaba el carácter. — Algo así me voy a buscar. — Bueno; oye, que está abajo el fotógrafo de Velázquez. — ¿Ha venido Diego? — Diego no, Javier.

— Habrán mandado a un chapuzas, mira que le pedí que viniera personalmente. — Vístete, que no tienes tiempo ni para una ducha; el chico lleva abajo una hora. — No me voy a levantar de la cama. — Pero ¿qué dices? — Que me saque aquí, acostado.

— ¿Ya estás limpiita? — Síiiii. — ¿Empezamos otra vez?

— Eres insaciable. — ¡Este de entre las piernas es el insaciable! Con tu cuerpo lavadito me está picando... — Pero descansamos un poco, me muero de hambre. — ¡Y yo!

— Necesito comer. — He pedido que nos suban algo. A las esclavas hay que tenerlas contentas... — ¡Cerdo!

— Anabel, este es Javier. — Qué mono. — Un poco mayor para nosotras.

Trabaja en un periódico, es periodista. — Soy fotógrafo. — ¡Ah! Fotógrafo para un periódico: El Independiente. — ¿Y eso qué significa, que hacéis lo que queréis? — ¡Qué tonta eres, Anabel! Dínoslo, Javier, ¿qué significa? — ¿«Independiente»? Podías mirarlo en el diccionario como te ha dicho tu hermano. — Oye, que estás en mi casa. — ¿Está tu hermano? — Ha bajado y ha vuelto a subir, hoy está idiota. ¡Quieto, Rex! ¡Sit! ¡Sit! Muy bien. Vamos, responde, ¿qué significa? — «Independiente» es el que no se somete. — Pues vaya. — No me entero. — Que el periódico no hace la pelota ni a un partido ni al otro. — O sea, que no dependéis de nadie. ¿De qué te ríes? ¿He dicho alguna tontería? — No se lo sabes explicar. — Lo primero es que yo soy un empleado de una empresa de imagen y dependo de mi jefe; y lo segundo, que mi jefe recibe encargos del periódico. — Entonces

no eres periodista. — Soy fotógrafo. — Has dicho que eras periodista y que trabajabas en El Independiente.

— No. —¿A que sí, Anabel? — Lo has dicho. — He dicho lo que preferáis. — Entonces, ¿qué significa? — Mira, yo no soy independiente, hago las fotos que me mandan; tampoco existe ningún periódico independiente, porque dicen lo que interesa y mienten como bellacos, ¿vale? Quieren que salga tu padre porque el periódico necesita financiación de una empresa como la suya; así que lo van a sacar a todo color contando lo bonita que es su vida, lo buenos que son él y su familia, y que tiene un perro feroz llamado Rex que anda por el jardín, ¿has entendido? —¡Pues no! —¡Ni yo! —Además todo lo que has dicho es mentira.

—¿Cómo te van a sacar en la cama? — Estoy deprimido.

—A ti no te pasa nada. — Lo que tú digas. —¿Estás deprimido, en serio? —¡Mi móvil! — Te lo cojo. —¡No! — Que te lo cojo. —¡Que no! Trae y sal, por favor. —¿Que salga? Pero ¿quién es? —Una persona. — No va a ser un gato. — Sal, tengo que hablar con ella. — Es una mujer. — Una persona, por eso digo «ella». —¿Quién? — Vete, te lo ruego. — Dime quién y me voy. — Un... directivo. — Me estás mintiendo, ¿quién? —No te miento. ¡Mierda!, ha colgado. — ¿Y qué? Le devuelves la llamada. Dime quién es.

—¡Agustina!, ¿por qué entras otra vez sin llamar? —¿Quién es esa señorita? — No te interesa. — Les dejo aquí la comida. Entendí que era para los dos. — Para los dos. Hemos trabajado toda la noche en un proyecto y tenemos hambre. — Usted dele las explicaciones a su mamá que seguro le interesan. —Amí ese tono no, Agustina. Tú no te metas y con mi madre calladita. — Lo que no sé es cómo la va a sacar de la casa. Además, está por llegar el coach de la señora. — Deja la bandeja y sal, haz el favor, y a callar aunque te pregunte ella, ¿entendido?

—Otra vez el móvil. — Es él. —¿El? Entonces es un hombre. — Sí, mira, cariño, por favor, déjame hablar. A solas.

—Quiero saber qué está pasando Juan Felipe. — Te lo cuento luego, no vaya a cortar otra vez. — Prométeme que me lo explicas. — Pero sal. — Y otra cosa: en cuanto acabes, te vistes, que las fotos hay que hacerlas. — Prometido, vete.

—¿Y siempre os vestís así para sacar fotos a la gente?

—¿Así cómo? — Con ese traje oscuro. — Sólo en las casas elegantes. —¿Has visto, Anabel? Somos una casa elegante.

—¿Y esa señal roja? —¿Qué señal? — La del pecho. — Es el símbolo de la casa Velázquez. —¿Os obligan a llevarla?

—Ya te he dicho, en algunos casos. — Pero no le has respondido qué es. No lo entendería. — Tú te crees muy listo.

—Javier, ¿todo a punto? A ver si todavía vamos a esperar por usted. — Señora, tiene gracia que me diga eso. — Además pregunta mi esposo que cómo no ha venido el responsable. — He venido yo, si no le sirve llame a mi jefe y que me sustituya. — ¡Estaría bueno hacer cambios ahora! Pero me vas a dar el nombre del señor Velázquez y su teléfono. — Lo que guste. Aquí tiene la tarjeta. Se llama Diego, lo llama y a sus órdenes. O me voy y que lo haga él. — Oye, no te pongas farruco conmigo; has venido a hacer las fotos y las haces, sólo quiero conversar con el dueño. — ¡Llaman! — Agustina, es Yórik, siempre tan puntual. Princesita, sujeta a Rex, no vaya a molestarlo. Dile que me cambio en un segundo y bajo con él.

—Arbolito, qué buena estás... —¿Por qué me llamas Arbolito?, mira que eres raro. — Te llamo Arbolito porque me mezo en tus ramas...

—José, ¡al fin hablamos!., sí... no... perdóname... lo estoy pasando fatal, es el día más horrible de mi vida... ya sé lo que te prometí... ¿me has esperado? ¡Pobrecito!, cuánto lo siento... ¿no has llevado la maleta?... ¿no has ido a la estación?, entonces tú

tampoco has creído que nos íbamos.., no has confiado en mi palabra, reconócelo... no creías que me escaparía contigo... lo sé... lees en mi pensamiento, ¿no ves lo unidos que estamos? ¿Qué más necesitas?... mi amor, ¿estaríamos mejor si yo rompiera con lo que tengo?... ¡Claro que resulta insoportable la situación! ¡No conoces a mi mujer! ¡Si vieras sus aires de señorona!.., yo, yo, la mañana enterita acostado. ¡Por la resaca no! José, por ti, no podía soportar que te hubieras ido... deprimido.., temiendo no verte más.., te he llamado un millón de veces... ¿Dónde dices que estás?... ¡Aquí al lado! ¡Ven, ahora mismo!... no puedo salir.., por las fotos que te conté.., hoy, ahora... pero ven tú, te presento, hablamos.., necesito verte.., un momento contigo vale un siglo.., pero con cuidado, ya sabes... a ella Te digo cualquier cosa.., ven enseguida... me muero...

—Soy Yórik. Entrenador de la señora... — Encantado, Javier — ¿Va a hacer la foto del señor o de toda la familia? — Pues ya no lo sé. Lo que diga ella, que me están empezando a volver loco. — Joven, si es listo, trabaje sin decir nada. — Me vale el consejo. Le disparo unos tiros a don importante y me largo. Ya he recibido lo mío.

—Tienes que largarte, Arbolito. —¿No decías que no te importaba que te vieran con una chica? — Con una que conozca. — A mí me conoces ya de un par de veces.

— Con una que no cobre. —¡Mal bicho! — No te pases, Arbolito, que la leña es mala. — Entonces, ¿qué quiere? — Bajas conmigo sin armar escándalo. Hemos estao estudiando. —¡No se lo creen! No tengo libros. — Pue pones cara de estudiante, Erika. —¿Así te gusta? — Súbete el escote.

—Yórik, cielo, menos mal que has venido, perdona la espera. — Mariana, estás estupenda. ¡ Qué mal mientes!, llevo una mañana enloquecida —¡Mira! — Margarita, ¿quién es la que baja con tu hermano? — Ni idea, será una de sus amigas. — Nicolás, en cuanto tenga un momento quiero hablar contigo. — Bueno, señora, ¿el señor viene a hacerse ya las fotos o no?, que llevo hora y cuarto. — No se impaciente, joven, ahora baja. Mientras llamo a tu jefe. Yórik, cielo, espérame un minuto que arreglo una cosita con este chico. — Pues vaya escotazo, ahí dentro cabe él. — Lo que se lleva ahora en la facultad. — Otra vez la dichosa puerta. Abra, Agustina. Margarita, hija, sujeta a Rex te he dicho, se pone loco en cuanto llaman. —¡Rexy! —¡Hola a todos!, ¡hola, Superman, chócala!: esta es mi amiga Erika; Arbolito, el cachas

de mi madre. ¿Qué te parece, Yórik? — Que no necesita mantenimiento. — Gracias, guapo, tú tampoco.

—Arbolito, que estoy delante. — Señora: un hombre, dice que ha quedado con el señor. — Pues no lo entiendo. Dile que entre... ¡Sí! ¿El señor Diego, por favor? Espero... Niñas, estaos quietas. Ya baja tu padre. Pero qué facha me trae. — Pase usted, señor, el señor Juan Felipe ahí mismo lo tiene, en la escalera. — Buenas tardes a todos.

—¡¡Buenas tardes!! — Soy José, amigo del señor Juan... Felipe. — Yo, Nicolás, su hijo; esta, Erika, una amiga.

—Ya veo. — Mi hermana Margarita y su amiga Isabel.

—¡Anabel! — Encantado — Yórik, el fisioterapeuta de la señora. — Muy bien. — Papá, este hombre te busca. —¿Señor Diego?... Disculpe que lo llame. Sólo un momento, tengo la casa llena de gente. Pensábamos que vendría usted y nos envía a un empleado... ese mismo, ¿sabrá hacer la fotos? Mire que nos interesa muchísimo... Como El Independiente es un poco... rojillo, ya me entiende., por eso, que no lo saquen mal adrede, para perjudicarlo... ¿Cómo? Se lo paso... Joven, tu jefe, que te pongas.

¡Ay, cariño!, menos mal; tarde como siempre, pero a tiempo.
Baja, anda.

—Sí, señor Diego... ¿que saque a todos?... pero ¿a todos?...
¿También?... fíjese que son muchos... no solamente la familia,
hay... yo no digo nada... como mande, señor.

Las Meninas

Están todos. Hasta Rex, qué sabrá él, que asiste a nuestras
locuras con la paciencia de un santo. Y mi hijo Nicolás, el muy
perturbado, que lo empuja como si necesitara más sitio, sólo
piensa en lo suyo. ¿Y esa? ¿Tan pronto

con amiguitas? Tiene la desvergüenza de traerla a casa y
exhibirla como si fuéramos idiotas. Su madre ahí detrás no se
entera, en cuanto viene ese lacayo de Yónk pierde los ojos por él;
cada vez disimulan menos. ¿Y mi hija? Se cree el centro del
mundo rodeada de amigas como Isabel, que no hacen más que
entontecerla con sus caprichos; o será al contrario. Mira a
Agustina, también lo que soporta para llevarse su sueldo, me
dan ganas de darle el dinero; así se larga a su país y se libra de

esta familia. Ese debe de ser el fotógrafo. Me dijo Diego que
vendría personalmente; y me manda a un aficionado que no
sabría colocar un trípode. Luego en el periódico voy a hacer el
ridículo. ¿Lo ves, José?, vivo atrapado. ¿Qué haces en la puerta:
entras o sales? ¿Te quedas en mi vida o huyes? Fíjate en todo lo
que poseo: mi salón, mis cuadros, mi familia; pero no quiero que
te conviertas en un esclavo como nosotros. Tú lees mis
pensamientos: no voy a moverme de aquí; te doy un minuto para
que lo pienses y decidas, amor mío: Si te quedas a mi lado no nos
separaremos jamás; si prefieres marcharte, nunca saldré de esta
cárcel, pensando en lo que pudo haber sido y no me atreví a
hacer. Y entonces sentiré que los espejos de mi casa desfiguran
mi rostro de cobarde.

Personajes retratados (de derecha a izquierda):

Delante: Nicolás Pertusato, María Bárbola, Isabel de Velasco, Infanta Margarita, Agustina Sarmiento y Diego Velázquez.

Detrás: un varón desconocido —¿un guardacamars?— y Marcela de Ulloa.

Al fondo: José Nieto Velázquez;

Reflejados en el espejo: Felipe IV y Mariana de Austria.

JAVIER SÁEZ DE IBARRA, *Mirar al agua*. Páginas de Espuma, Madrid, 2009, pp. 35-49.

